

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LX

MADRID, 17 DE SEPTIEMBRE DE 1933

NÚMERO 38



LA MADRINA DE NICO

A mediados del siglo XVIII un pobre muchacho de las montañas de Savoya caminaba desde las alturas hacia la llanura.

Siendo aun muy niño Nico había perdido a su padre en los barrancos de un ventisquero. Hacía unos meses que también había muerto su madre, dejando solo y abandonado en la choza a su hijo, que apenas contaba diez años, y al que, siendo su único hijo, había rodeado de un amor y cuidado especiales.

Al principio los vecinos habían invitado al pequeño a compartir su frugal comida; pero ellos también eran pobres y les costaba trabajo mantener a sus propios hijos. Así aconteció que Nico, con mayor frecuencia cada vez tenía que acostarse sin cenar.

Una tarde, cuando triste y desocupado vagaba por las pedregosas cuevas mirando las marmotas que jugaban al sol, se encontró con un pastor que llevaba a pastar sus cabras y ovejas.

—Oye, Nico—dijo—vienes como uno que tiene el tejado lleno de goteras y en cuya casa los ratones no encuentran nada que roer. No seas tonto y baja al valle. Más de uno se ha marchado como un mendigo y ha vuelto con el saco lleno de dinero. El invierno de todos modos no lo podrás pasar en tu choza, pues está medio desecha y el viento podrá arrebatarte el tejado por encima de la cabeza.

En los días próximos Nico cazó dos pequeñas marmotas. Se las llevó a la choza, buscó para ellas las plantas más sabrosas de los Alpes y las enseñó a bailar sobre sus patas traseras. Después les fabricó una ligera jaula de madera, ató en un lío una camisa y unos cuantos pares de medias que su madre le había hecho, y se puso en camino valle abajo, hacia la corriente de los grandes ríos.

Al principio la suerte parecía favorecerle. Es verdad que las marmotas que Nico llevaba en su jaula debajo del brazo no pesaban poco, porque durante el verano en los prados de la montaña se habían atracado y habían criado mucha grasa para el invierno próximo. Pero el muchacho las llevaba de buena gana, porque se habían hecho dóciles y cariñosas, y él las quería mucho. Los niños de las ciudades y aldeas también, encontraron placer en los graciosos saltos de los animalitos, y después de cada representación de buena gana echaban sus monedas de cobre en el sombrero que Nico les alargaba. Las mujeres también sentían compasión con el muchacho tierno y de ojos oscuros, le llevaban a su hogar y le permitían comer unas sopas con sus propios hijos.

De este modo no pasaron necesidad ni Nico ni sus protegidas, ya que encontraban un refugio para la noche en cualquier montón de heno o en alguna choza abandonada.

El verano, sin embargo, pasó. Vientos fríos soplaban en el valle de Saona y desde los montes Vosgos. Los chaparrones ca-

laban el traje raído del muchacho. Las noches cada vez fueron más húmedas y frías. Las marmotas, metidas en su jaula y acobardadas por el frío, ya no querían bailar. Soñaban con la cueva abrigada muy metida en la montaña, donde las de su especie todas se preparaban ahora para su plácido sueño invernal. Con el mal tiempo también escasearon los niños en la calle, y cuando Nico tiraba del cordón de las campanillas en las casas para mostrar sus animalitos muchas veces le echaban con destempladas.

Un día, cuando el muchacho estaba en la esquina de una calle de la ciudad de Belfort, hambriento y tiritante de frío, se le acercó un limpia-chimeneas, cuyos ojos brillaban como carbones encendidos en su negro semblante.

—¿No me conoces, Nico?—preguntó, alargando al muchacho su mano llena de ollín.

—¿Eres tú...?

—Soy tu vecino Roberto—dijo el negro, y se rió mostrando su blanca dentadura—¿Qué estás haciendo aquí tan solito, peque?

A Nico le saltaron las lágrimas a los ojos. Hasta entonces había reprimido su pena todo lo posible; pero el recuerdo del terruño y las amables palabras de sus paisanos le hacían comprender doblemente su situación desolada. La mirada del limpia-chimeneas se fijó en el muchacho, cuya ropa estaba desgarrada y que tenía la cara pálida y demacrada.

—Oye—dijo por fin—con las marmotas en invierno no haces nada. Tienes que comprar cepillos y limpiar los zapatos de los señoritos en las esquinas de las calles; esto produce más.

—¿Pero si no tengo dinero—contestó Nico, tristemente.

—Entonces tienes que pedir limosna, hasta reunir el dinero para los cepillos—replicó el limpia-chimeneas—Y tienes que caminar valle abajo, sabes, aquí en la ciudad ya

hay demasiados muchachos de Savoya, la gente está cansada de ellos. Camina hacia el norte y pregunta por la carretera de Lunville. Me han dicho hace poco que el duque Stanislao de Lorrena tiene allí su corte: allí hay muchos caballeros y señoras nobles, y podrás ganarte el pan con mayor facilidad.

(Continuará.)

Aventuras de un cazador de fieras

—
(Conclusión)

Antes que pudiera decidir lo que debía hacer, si permanecer quieto, haciéndome el muerto o levantarme de un salto, agarrando el rifle, noté que suaves pasos se deslizaban entre la maleza, que se retiraban cautelosos, pero rápidamente.

Me decidí a ver por lo menos quien se había tomado tanto trabajo conmigo, y levantando la cabeza con mucho cuidado y volviéndola hacia el lado donde había oído el ruido, vi el cuerpo ligero de una pantera, que en el mismo momento desaparecía entre la próxima espesura. Cosa extraña, por cierto. Desde la más tierna edad, yo había vivido en la selva en compañía de viejos cazadores, y nunca ninguno de ellos me había referido una circunstancia parecida.

Conocía perfectamente la costumbre de las panteras, de reservar una pieza de caza destrozada y media comida para comérsela después, si no encontraba entre tanto otra carne más fresca.

¿Me había escogido la pantera para la cena o el desayuno? Seguramente no estaría hambrienta, de lo contrario hubiera empezado la comida en el acto.

Además, el peligro no había sido grande, porque, sin duda, la fiera, viéndome echado boca abajo, me había tomado por

muerto. Pero no me cabía duda de que volvería, y me decidí a esperar para saber cuáles fuesen las verdaderas intenciones del animal, y de qué modo se portaría. Me levanté, limpié mi rifle de toda la arena, lo volví a cargar de pólvora para poder asegurar el tiro y recliné el arma mohosa contra un árbol, mientras medité mi plan. Deseaba ver si por una vez no podía ganar en astucia a la cautelosa pantera. De ninguna manera debería notar que su supuesta presa había huído antes de tiempo; coloqué, por lo tanto, un pedazo de una gruesa rama en el lugar donde había estado echado, cubriéndolo cuidadosamente con hojas secas, después me eché mi escopeta a la espalda, trepando a una pequeña encina, a unos quince pasos del lugar, desde donde podía disparar sobre aquel sitio. Me instalé lo más cómodamente posible, y con el rifle preparado para disparar sobre mis rodillas esperé pacientemente el regreso de la pantera, y el fin de mi aventura. Estaba completamente decidido a esperar hasta muy entrada la noche; como el animal no tenía hambre, no tendría mucha prisa en volver. Como la luna llena brillaba desde el cielo, pensé que ni aun de noche fallaría el tiro a tan corta distancia. De todos modos vería lo que la bestia intentaba hacer.

Había estado sentado allí poco más de media hora, cuando de repente escuché un ligero ruido entre las hojas, y volviendo la cabeza en aquella dirección, vi claramente como los gruesos arbustos eran movidos de un lado a otro.

No tardé mucho en ver la cabeza de la fiera, de un color amarillo oscuro con sus ojos relucientes inclinada muy cerca del suelo. Con gran cautela se deslizó mirando y oliendo el lugar donde yo había estado echado entre los matorrales. Ninguna bestia salvaje entra en un lugar medio abierto, sin volver cuidadosamente la vista a todas partes, para ver si amenaza algún peligro.